
1999, pp. 251-254

*Contra los mitos
Gerardo Caetano y José Rilla:
Historia Contemporánea del Uruguay
De la Colonia al Mercosur.*

*Colección CLAEH/Editorial Fin de Siglo,
Montevideo, 1996.*

CARLOS SIXIREI

No es habitual hacer, desde España, comentarios a las obras históricas que se publican en Uruguay. Fundamentalmente por el desconocimiento que aquí se tiene sobre ellas. Un problema grave de la historiografía latinoamericana es que vive encerrada en compartimentos-estanco con muy pocas relaciones entre ellos. Salvo docena y media de nombres ya clásicos y consagrados, después de haber pasado, en gran parte, por las aduanas editoriales y académicas del Viejo Mundo de ambos lados del Atlántico Norte, la producción científica en el campo de la Historia Latinoamericana, nos es bastante desconocida. Otro problema es que las obras que se editan en América muy difícilmente llegan a España, incluso, paradójicamente, cuando estas obras son publicadas por editoriales españolas con sucursales en Buenos Aires, México, Caracas o Santiago. Un ejemplo sangrante, por solo citar uno, es lo que ocurre con la Editorial Planeta y sus colecciones de "Espejo de...", adaptación de la serie del mismo nombre que la empresa comenzó a sacar aquí a mediados de los años setenta, y que al mercado peninsular no han llegado jamás, lo que no sucede a la inversa.

Por lo que respecta al Uruguay el tema es, si cabe, de mayor gravedad. Es suficiente con leer las bibliografías que se citan en referencia a este país. En una Historia de América en cuatro volúmenes publicada en 1992 y en la que participaron los mejores especialistas de España, o los que pasan como tal, en el campo

americanista, en el capítulo referente al Uruguay contemporáneo, el autor más moderno que se citaba era Real de Azúa. Ni la menor referencia a los trabajos de Barrán, Nahúm, Zubillaga, Jacob, Rial, Williman et alii. Se trata de un caso excepcional por el nivel de las ausencias, pero no es, por desgracia, el único.

A veces da la impresión, desde España, que Uruguay es un país sin historia o que, como mucho, se limita a repetir como ecos provinciales, los ciclos generados en los gigantes vecinos, Brasil y Argentina.

Que una obra como la escrita por Caetano y Rilla llegue a manos de estudiantes universitarios españoles adquiere las características de una revelación. De repente descubren que Uruguay existe y que tiene una historia propia y original en la que recorre caminos específicos. No es poco ya, como mérito inicial.

Pero la obra de Caetano y Rilla, que tiene otros merecimientos por sí sola, tiene también ciertos peligros cuando el que se asoma a sus páginas no tiene alguna idea previa de la Historia del país. Obviamente eso no es culpa de la obra que no está necesariamente pensada para lectores extranjeros. Pero visto desde la distancia y con las perspectiva que nos da el carecer de complicidades previas o de sobreentendidos de general aceptación, surgen algunos problemas y ciertas dudas en el transcurso de su lectura.

Destaquemos primero lo siguiente: La obra de Caetano y Rilla se inscribe en el contexto del resurgir historiográfico uruguayo (o, por mejor decir, montevideano) experimentado desde la reinstauración democrática. Resulta admirable que una ciudad de poco más de un millón de personas sea capaz de mantener una rica tradición de estudios históricos en unos tiempos en que las Humanidades en general y las Ciencias Históricas en particular no gozan de favorable prensa. Es mucho más admirable si tenemos en cuenta que, pese a la pequeñez de las empresas editoriales y al coste alto de publicación por lo reducido del mercado y lo más reducido aún de lectores potenciales, el trabajo de los historiadores uruguayos no tiene nada que envidiarle (y muchas veces lo supera en calidad) a lo que se hace en este campo en el entorno más próximo. Y linda ya con lo milagroso y hasta con lo inefable toda esta actividad realizada por investigadores de sólida formación académica, si además consideramos los recursos económicos con que se cuenta para realizarla. En España, donde nos pasamos todo el día lamentando justamente la disminución de los presupuestos de investigación en la campo de las Ciencias Sociales, nos quejamos de vicio si entramos en comparaciones que, en este caso, no solo no son odiosas sino que incluso pueden resultar muy instructivas y ejemplarizantes.

En segundo lugar este trabajo sigue una línea anti-mistificadora de la Historia uruguayaya que está resultando muy fructífera. De hecho la Historia de los Orientales (por recoger el título de la conocida obra de Carlos Machado) ha venido bandeándose entre tres o cuatro figuras, entre tres o cuatro hechos, como islas perdidas e inconexas en el medio de un proceloso océano de silencios, desconocimientos y hasta encubrimientos: Artigas y el mito fundacional de la Patria Oriental; los Treinta y Tres y la gesta emancipadora; Batlle y la refundación moderna del país; J. P. Varela y su reforma educativa... y, ya en el imaginario colectivo, aunque no figure en los textos de enseñanza, el triunfo futbolístico nunca olvidado y cada vez más idealizado del Maracaná. En el medio de todo esto, otras figuras

que existen en la medida en que tienen relación con lo anterior: Rivera, Lavalleja, Oribe, Santos, Latorre, Flores, Saravia, Herrera, Terra, el Uruguay feliz y el Uruguay infeliz de los ominosos años de la dictadura militar. Semejante "melée" ha tenido lecturas para todos los gustos: Reaccionarias, marxistas, nacionalistas, liberales, autoritarias y "tutti quanti". Cada uno ha intentado llevar el agua a su molino: De Artigas se ha hecho la reencarnación del león hispano, el reformador social revolucionario, el libertador de pueblos, el defensor de las leyes (el asaltante de caminos desde otras perspectivas cultivadas al otro lado del Río de la Plata) y la última, la muy humana del Cuarteto de Nos en una divertida canción que, al parecer, ha levantado ronchas.

Lo mismo pasa con Batlle: Refundador de la nacionalidad, modernizador del Estado, anti-imperialista decidido, (anti-clerical fanático, anarquista camuflado también, para otros)... en fin. Alguien tendría que hacerle una canción, si no se la han hecho ya, para que las generaciones futuras no crean que nació ya de bronce y en actitud oratoria. ¿Tiene razón mi admirado Guillermo Vázquez Franco cuando afirma que "Todo el esfuerzo intelectual y editorial en el campo de la historiografía uruguaya, desde el último cuarto de siglo pasado hasta nuestros días, ha estado al servicio no del **culto a la libertad** sino del **culto a la mitología** y al servicio de lo que es... una rígida **ideología de Estado**"? (LA HISTORIA Y SUS MITOS, Ed. Cal y Canto, Montevideo, 1994).

Tal vez la tenga, tal vez haya que relativizar sus palabras. Tal vez, en versión aún más radical de Javier Pérez Royo el debate historiográfico (el de Uruguay y el de España) no intente más que disfrazar la pugna "por el control de los mitos en los que se funda la legitimidad de nuestras instituciones". Una pugna a la que no son ajenos políticos y partidos, programas escolares y directrices de autoridades educativas. Véase, si no, lo que ocurre, en un contexto democrático como el español, con el reciente debate sobre la enseñanza de la Historia en el Parlamento, o en uno autoritario como el del Uruguay de 1975 a propósito de las celebraciones del Año de la Orientalidad (Y mejor, en ambos casos, obviar nombres).

Tal vez, si en algún mito cae la Historia de Caetano y Rilla es en el mito del Estado. Porque el libro está escrito en clave de la evolución histórica del Estado Oriental desde su fundación hasta la actualidad pasando por las diversas crisis del mismo y los diversos modelos aplicados. Es decir, la Historia Contemporánea del Uruguay es, ante todo, una Historia Política Contemporánea del Uruguay.

Evidentemente no es ésta una cuestión criticable. Insisto que hablo desde España y como lector español. Pero una lectura casi estrictamente política de la Historia elimina, margina, relativiza y/o empalidece (sobre todo para lectores no versados) otras claves no estrictamente políticas aunque, que duda cabe, puedan estar, y de hecho están, en relación con la política a la que condicionan y por la que son condicionadas en ese eterno juego dialéctico de mutuas influencias en la que se mueven los acontecimientos históricos.

Habiendo esta marginación de otras cuestiones o dejándolas como ilustración en los textos complementarios, se plantean interrogantes de difícil respuesta para un no iniciado. Y como no se trata de un libro dirigido a un reducido número de especialistas sino al gran público, estas interrogantes no facilitan la comprensión de los procesos que se analizan. Por ejemplo, en el contexto brevísimo del primer

capítulo que trata del Uruguay colonial y de la lucha por la independencia (21 pgs. incluyendo el apéndice documental frente a las 52 que se dedican a los años de la dictadura militar) no se explica por qué son los caudillos rurales quienes encabezan la reconquista militar de la Banda Oriental en 1825 y no es Montevideo el protagonista de la lucha contra los portugueses como en su momento lo fue Buenos Aires contra los españoles. Se encuentran respuestas en la carta del Cónsul Hood, parcialmente reproducida en el apéndice documental, pero hay que llegar a ella. Con esto quiero decir que la magnífica selección de documentos que se pueden leer a lo largo del libro y que por sí solos representan una antología de textos para la Historia del Uruguay muy valiosa, no puede actuar como sustitutoria de la información sino como complementaria. Lo mismo podría decir de lo escasamente que está tratado el tema de la inmigración y sus consecuencias a todos los niveles y, en otro extremo de los contenidos una, a mi ver, excesiva, utilización de la terminología propia de la Ciencia Política. ¿Están, quizás también en Uruguay, cediendo el terreno los historiadores a los depredadores procedentes de otros campos científicos? ¿Se apunta una incapacidad terminológica y metodológica de la Historia para el análisis de los hechos políticos contemporáneos? No sería esa la opinión de Hobsbawm o de Calvocoressi. Otra pregunta al hilo de la lectura: ¿Podemos considerar el batllismo como el final de la etapa caudillista o como una readaptación a nuevas circunstancias de esta vieja práctica política?, ¿no sería Batlle también un caudillo, tan caudillo como Saravia solo que con visión más moderna y con mejor tecnología? Parodiando a Lenin, ¿no será el batllismo, el caudillismo más la electricidad (y el telégrafo, y el ejército y la burocracia estatal)?

Si señalo estas cuestiones, que son preguntas que me hago, es porque el libro se presta a abrir interrogantes. Y debates. Sin lugar a dudas es el mejor manual de Historia uruguaya que se puede encontrar hoy y tengo la experiencia con mis propios alumnos del juego que da.

Eliminados los mitos, suprimidas las liturgias a los próceres y colocados todos en su lugar, es decir, en su contexto, podemos comenzar a hablar de una Historia Nacional coherente en donde los islotes de los que antes hablaba comienzan a trazar un mapa legible en el que las líneas que van de unos a otros ahora se perciben con más nitidez. Se puede por fin entender el papel que a cada uno le tocó jugar y que los ciclos de la Historia del Uruguay, ligados siempre al desarrollo y agotamiento de los modelos socio-económicos adoptados en su momento, tienen una gran coherencia interna y no se construyen a salto de mata

Como última observación crítica diré que algunos de los textos de pie de página podrían formar parte perfectamente de los capítulos propiamente dichos, máxime cuando sus autores, en muchos casos son los propios responsables del libro.

En cualquier caso, una obra ejemplar para aprender y de la que aprender. Abre un camino metodológico que sin duda otros seguirán. Por cierto, una observación final: La portada es toda una declaración de intenciones.